

LA NUEVA ESPAÑA Sábado, 4 de junio de 2011

# El ojo asturiano en Haití

El fotógrafo noreñense Álvaro Fuente retrata la lenta reconstrucción del país caribeño devastado por el terremoto hace más de un año

Noreña, Franco TORRE  
La solidaridad asturiana se deja notar en Haití. El fotógrafo noreñense Álvaro Fuente se desplazó días atrás a la nación caribeña, en plena reconstrucción tras el terremoto del 12 enero de 2010, para captar el sufrimiento de un pueblo maldecido por la madre naturaleza. Pero además de la eterna abnegación de los haitianos, el noreñense se ha ido encontrando con numerosos compatriotas, entre ellos muchos asturianos, que se han desplazado hasta allí para echar una mano.

Fuente se desplazó por su cuenta hasta Haití, previa escala en Santo Domingo. Una vez en Puerto Príncipe, contactó con el sacerdote mierense Ángel García Rodríguez, «el Padre Ángel», fundador de Mensajeros de la Paz y premio «Príncipe de Asturias» de la Concordia.

El noreñense también se encontró allí con el periodista llanisco Juan Ramón Lucas, que se desplazó a Haití a realizar una serie de programas sobre el país para RNE. Fuente, que conocía a Lucas de cuando éste se desplazó a Noreña, en el año 2008, para recibir el Premio Nacional de Periodismo que entrega anualmente la Orden del Sabadiego. El noreñense incluso asistió a un programa de radio, conducido por Lucas, en el que intervino el Padre Ángel. Un encuentro que inmortalizó con su cámara.

**El Padre Ángel, el periodista José Ramón Lucas y el escritor Celso Peyroux, otros asturianos en el centro de la tragedia**

«No he visto nada igual en la vida... Después de 16 meses sigue igual: el escombro –el palacio presidencial sigue derrumbado–, la basura, se lavan en aguas fecales, el cólera se vuelve imparable... Es terrible. No lo he visto ni en África», comenta Fuente desde Haití.

Allí se encontró también con Celso Peyroux, colaborador de LA NUEVA ESPAÑA, que ha llegado al país como cooperante, precisamente, de Mensajeros de la Paz. «Aparté por un mes todo lo referente a la literatura y aquí estoy, como un colaborador más, con mucha ilusión y el deseo sobre todo de tener buena salud para superar las penurias que voy viendo», afirma Peyroux.

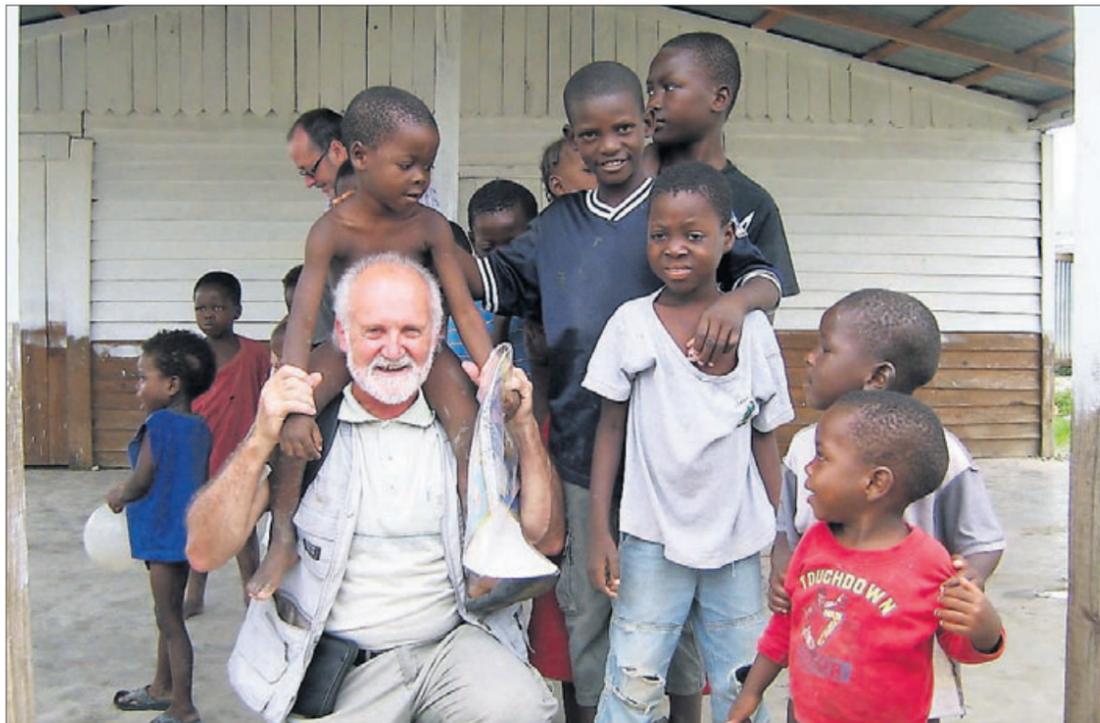
De sus experiencias en el país, Peyroux adelanta que vive a apenas 500 metros del campamento que tiene la asociación en las afueras de Puerto Príncipe: «Un pueblo donde viven cien familias, es decir, más de quinientas personas, con agua potable, luz, una escuela y comida para todos repartida a finales de mes al por mayor».



Álvaro Fuente, a la izquierda, y Celso Peyroux, en Puerto Príncipe. / ÁLVARO FUENTE



El Padre Ángel, en primer término, y Juan Ramón Lucas, durante un programa de radio. / ÁLVARO FUENTE



Peyroux, con un grupo de niños en el campamento de Mensajeros de la Paz. / CELSO PEYROUX

## Haití, mon amour

■ En busca de los otros y los días perdidos



**Celso Peyroux**

Es una enorme carabela. Más veloz que la «Santa María» de Colón. Doscientos sesenta pasajeros ocupan sus asientos y una tripulación dinámica y solícita va de proa a popa atendiendo las necesidades primarias de todos.

Hay muchos niños. Lloros, patateos, risas. ¡Qué sería del mundo sin la risa de un niño! A un recién nacido su madre lo amamanta con ternura. El día, largo y luminoso, se vuelve eterno. Hace horas que vamos en busca del lugar donde el tiempo anida. Me gustaría saber de Física Cuántica y recuperar las horas perdidas, sobre todo aquellas que se derrochan en diálogos inútiles y en decidir si son galgos o podencos mientras medio mundo se muere en el olvido. Es media noche en Teverga y en el resto de Europa y, aquí, arriba, a diez kilómetros, la luz es intensa y el éter resplandeciente, mientras el ojo del sol va cayendo sobre el océano. Occidere. El astro rey se ahogará una vez más y a la del alba volverá con la vida y su fuego sagrado. El albatros de Baudelaire vuela apacible sobre las enaguas de las olas caribeñas, mientras bogando en el «Barco ebrio» de Rimbaud, el poeta deja caer su «spleen» sobre los versos. Era también un indignado y seguro que de vivir, estaría en la Escandalaria.

Volamos sobre «Mi viejo San Juan, Borinquen querida mi tierra del palmar». Por Punta Cana, la barca del poeta pasa de largo. Sobre sus playas blanquísimas no se encuentra lo que él está buscando. Comunica el comandante por megafonía que el Barça acaba de ganar por tres a uno. Una salva de aplausos sacude y alegra la aeronave. Me siento indiferente ante la noticia y me preocupa más los treinta y cinco millones de euros que cobra un tal Messi mientras la hambruna se apodera del mundo. También nos anuncia que iniciamos el descenso hacia el aeropuerto de las Américas en La Española. Huele de pronto a Haití. Llega su aliento de abandono y la polvareda del terremoto aun flota en el aire como una nube afligida y negra en señal de luto y de protesta y trae el viento una triste balada de hambre y de penuria. Cuando salí de mis verdes valles los «indignados» buscaban un mundo mejor. A sus espaldas un gran cartel mostraba la cara de Jovellanos y en sus ojos gollescicos se leía: dignidad, igualdad, libertad, tolerancia, respeto, crítica y la paz perpetua. Yo viajo con esas premisas y me siento un mensajero de la paz ligero de equipaje porque no es más feliz el que más tiene si no el que menos necesita.

Voy al encuentro de Ellos. De los míos. De los nuestros. Voy en busca de lo que queda de mí. No es más feliz el que más tiene sino el que menos necesita.

[www.mensajerosdelapaz.com](http://www.mensajerosdelapaz.com)